

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Job 7, 1-4.6-7): **Recuerda que la vida es un soplo.**

Salmo (146, 1bc-2.3-4.5-6): **«Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados»**

2ª lectura (1ª Corintios 9, 16-19.22-23): **¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!**

Evangelio (Marcos 1, 29-39): **Curó a muchos enfermos.**

Estamos acostumbrados a planificar: tanto las vacaciones como el trabajo, las visitas, el tiempo libre y también el ocupado..., programamos todo. Hacemos planes para el fin de semana o entre semana, para el puente o las vacaciones... Buscamos experiencias y sentir cosas nuevas. Queremos visitar lugares, conocer sitios desconocidos y llegar antes que nadie. Nos gusta dominar la vida y la agenda.

Sin embargo, en ocasiones, se complican nuestros pequeños o grandes planes. No acostumbramos a dejar sitio para lo que no está previsto, ni esperamos lo que no nos gusta, lo imprevisto. Nadie desea las contrariedades, ni programa la enfermedad. Nos gusta que las cosas salgan bien..., es decir, según lo previsto.

La vida tiene momentos duros con los que no contamos. Lejos de nosotros las contrariedades, los problemas, las dificultades, los contratiempos. Es normal que pensemos así. Pero no podemos olvidar su existencia ni la posibilidad de que se hagan presentes en cualquier momento de nuestra vida. La negación de la enfermedad no garantiza que vivamos sanos. Los momentos complejos son parte de la biografía de cualquier persona.

En esos momentos no transitamos por caminos conocidos y confortables, sino por sendas complicadas. Ponemos a prueba nuestras capacidades, no tanto de afrontar los problemas, como de aceptar la realidad, saber descubrir lo auténticamente importante y reordenar todo en función de aquello que merece la pena. Momentos duros en los que aprendemos lecciones de vida.

En la Escritura tenemos una sabiduría milenaria que, para el creyente, es Palabra de Dios. El libro de Job nos recuerda con claridad que “a los buenos” también les alcanza el sufrimiento. En ese momento toca volver a aprender “el arte de vivir”: volver a levantarnos, aunque sea doloroso, retomar el camino de la vida, sin prisa, por el sendero de la existencia, a veces sinuoso, poner en valor lo gratuito, saber elegir buenos compañeros de camino, y seguir actuando con rectitud y bondad.

No se trata de llegar antes a la meta, sino de seguir recorriendo el camino de la vida. Dios nos ha soñado como peregrinos y caminantes..., no podemos quedar caídos, al margen del sueño de Dios y lejos de los demás.

Jesús siempre está atento al prójimo y especialmente a quien más lo necesita. Su mirada, sagaz, descubre el interior de cada persona y no pasa de largo, sino que se detiene ante cada uno: ciegos, cojos, lisiados... son destinatarios privilegiados de su atención. Pecadores y endemoniados son receptores de su perdón. Extranjeros y paganos son puestos como ejemplo para todos. La vida de cualquier persona parece más importante que la suya propia. Siempre vive en función de los demás.

Por si fuera poco, cuando ha estado un tiempo en un lugar, continúa su camino. No quiere vivir de la fama ni de los aplausos. Su vida es para los demás, es su convicción y la constante de su camino. Que nadie se quede sin escuchar, ver y sentir la grandeza del amor de Dios. La Buena Nueva.

Todo aquel que se encuentra con Jesús queda transformado. Su vida cambia. El encuentro con Jesucristo es el encuentro con el Mesías, con el Salvador, con quien **«da vida y vida en abundancia»**. Su actividad sanadora nos presenta a un Dios que está más implicado en los sufrimientos cotidianos de lo que podíamos esperar. Dios vela por sus hijos y quiere su felicidad. La de todos y la de cada uno. Que nadie quede sin experimentar el poder curativo del encuentro con el Señor.

Curados de su enfermedad, libres de sus limitaciones, perdonados de sus pecados, aceptados en la sociedad..., todos son transformados. Jesús nos muestra el rostro misericordioso y acogedor de Dios que generación tras generación transforma nuestra existencia y nos libera de aquello que no nos deja vivir. Es la fe, saber y sentir que siempre estamos en las manos de Dios, aunque pasemos por cañadas oscuras.

No podemos ocultar este tesoro. No podemos enterrar la Palabra y la Acción del Señor. La Iglesia está al servicio del Evangelio y se hace servidora de la humanidad proclamando la presencia y la misericordia de Dios. No es una imposición, no es una campaña publicitaria, no es una moda... La Iglesia, y los cristianos, no podemos silenciar la memoria y la presencia de Jesucristo hoy. Negaríamos nuestro ser. La Iglesia existe para continuar con la tarea del Señor.

En cada tiempo vivimos una situación nueva, una realidad distinta, una problemática diferente. Nuestro anuncio del Evangelio no es una mera repetición de fórmulas aprendidas... es la actualización del mensaje de Cristo. Nos hemos encontrado con el Señor y hemos sido transformados.